

850
M.

JC 143
. M14
v. 1
1895



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Imprenta de la Viuda de Hernando y C.^a, Ferraz, 13.

3716

LAS OBRAS POLÍTICAS DE MAQUIAVELO

Durante largo tiempo, dice Villari en su excelente obra *Niccolo Machiavelli e i sui tempi*, ha sido Maquiavelo una esfinge cuyo enigma parecía incomprendible. Monstruo de perfidia, según unos, y en concepto de otros ejemplo de nobilísimo patriotismo; para aquéllos contienen sus escritos inicuos consejos encaminados á consolidar la tiranía; éstos defienden que *El Príncipe* no es sino una sangrienta sátira de los déspotas, hecha con propósito de afilar los puñales contra ellos é instigar á los pueblos á la rebelión. Mientras unos ponderan el mérito literario y científico de sus obras, afirman otros que son conjunto de doctrinas erróneas y peligrosas, capaces de corromper y arruinar á la sociedad que fuese bastante necia para aceptarlas. Hasta el nombre mismo de Maquiavelo ha llegado á ser, en el lenguaje vulgar, una injuria.

Si autorizados críticos redujeron á justos límites estas exageraciones, no por ello se ha llegado aún, en puntos de capital importancia acerca de Maquiavelo y sus escritos, á un juicio universalmente aceptado.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTÍNEZ"
Apto. 1625 MONTREY, MEXICO

En concepto de Villari, los motivos de tan grande y continua disparidad de opiniones son varios. En primer lugar, la época en que vivió Maquiavelo es para los historiadores época de dificultades y de contradicciones que se personifican en este escritor, y no pocas veces le presentan, con justa razón, como misterio inexplicable. Un hombre que en unas páginas de sus escritos exalta la libertad y la virtud con indecible elocuencia y enseña en otras á engañar y traicionar á los pueblos y á afianzar la tiranía, debe ciertamente inspirar muchas dudas; y no contribuye á disiparlas el verle servir con fidelidad á la república durante quince años, sufrir después persecuciones y miseria por amor á la libertad y solicitar más tarde de los Médicis cualquier ocupación remunerada. Además, las contradicciones abundan en la historia y en la naturaleza humanas, y en el caso presente podrían explicarse con relativa facilidad si no hubieran procurado los críticos ante todo y sobre todo ser acusadores ó defensores de Maquiavelo, y más que biógrafos imparciales, apasionados jueces de su moralidad y de su patriotismo.

A muchos, especialmente en Italia, les bastaba haber probado que Maquiavelo amó la libertad, la unidad y la independencia de su patria para ser indulgentes en todo lo demás, y elogian las doctrinas y la moralidad de ellas aun después de examinadas y criticadas escrupulosamente, como si el patriotismo fuese prueba segura de genio político y literario, y jamás le acompañaran vicios y excesos en la vida privada. Esto debía

provocar inevitablemente opiniones opuestas, dando fácil alimento á la contradicción antes mencionada.

Por tal camino fué poco á poco reduciéndose la cuestión á saber si el autor de *El Príncipe* y los *Discursos* era un hombre digno ó un malvado, un republicano ó un cortesano, en vez de investigar el valor científico de sus teorías, y si éstas eran ciertas ó falsas, si contenían ó no nuevas verdades, si hacían ó no avanzar la ciencia. Porque la virtud del escritor no convertirá las doctrinas falsas en verdaderas, ni sus vicios las verdaderas en falsas.

Además, ninguna prueba existe de que fuera el autor de *El Príncipe* modelo de virtudes ni monstruo de perversidad, sino como la mayoría de los florentinos de su época y de antes y después de su tiempo, aficionado á los goces de la vida, no siempre escrupulosamente respetuoso de la fidelidad conyugal, observante de las prácticas religiosas más por costumbre que por acendrada fe, defectos que hoy mismo se advierten en multitud de personas de indisputable cultura, sin que afecten gravemente á su reputación política ó literaria.

Tuvo, sin embargo, Maquiavelo un vicio que él mismo confiesa, y ha sido acaso la principal causa de tantas durísimas censuras contra sus doctrinas; era gastador, y su patrimonio escaso. Cuando ocurrieron los cambios políticos en Florencia en 1512 perdió la secretaría que desempeñaba, retirándose al poco tiempo á una pequeña posesión, cuyos productos apenas bastarían para satisfacer las más apremiantes necesidades. Acostum-

brado nuestro autor á la vida de Florencia, al trato de los hombres más notables por las frecuentes comisiones diplomáticas que su gobierno le había encargado dentro y fuera de Italia, le sería insufrible el aislamiento y la pobreza en su forzado retiro de San Andrés de Percussina: y acaso cuando escribía en los *Discursos* que los ciudadanos debían ser pobres para que la república fuera virtuosa, meditaba ó tenía ya escrita su obra de *El Príncipe*, dedicándola á los Médicis, que le habían privado de la secretaría del Consejo, encarcelado, torturado y ahuyentado de Florencia, y casi pidiéndoles en la misma dedicatoria protección y cargo en que servirles.

El Príncipe, obra de la cual nos ocuparemos con mayor detenimiento en el prólogo del segundo tomo, no es, pues, la expresión fiel y exacta de las ideas y opiniones de Maquiavelo, expresadas en su libro más importante de política, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

En los años de su alejamiento de los negocios de Estado escribió además de los *Discursos*, el *Arte de la guerra*, donde pone de manifiesto sus deseos de una milicia nacional para Italia que la libre de la opresión extranjera. En los *Discursos* y en el *Arte de la guerra* está todo el sistema político y militar de Maquiavelo, que se basa en la forma republicana, en la unidad política de Italia y en la organización de un ejército nacional como medio de conseguirla y conservarla.

Claramente se ve en los *Discursos* su preferencia por la forma republicana; sin embargo, no se parece la re-

pública con que soñaba Maquiavelo á las repúblicas democráticas é igualitarias de nuestros días. Tomando por modelo la romana, quiere resucitar su organización con el poder consular, el del Senado y el del pueblo para que respectivamente se vigilen é impidan extralimitaciones de cualquiera de ellos; y elogia la constitución dada por Licurgo á Esparta por la participación que tenían en el poder el rey, la aristocracia y el pueblo.

Pero el deseo de la unidad nacional y de la organización de ejércitos nacionales que acaben con la institución de las bandas asalariadas al servicio de unos ú otros Estados, es aun más vehemente en el ánimo de Maquiavelo que la forma de gobierno, y tanto sus elogios á los procedimientos é intentos de César Borja, como la exhortación al Papa León X con que termina su libro de *El Príncipe*, prueban que cualquiera que intentara la unidad italiana y la organización de ejércitos nacionales hubiese contado con su entusiasta apoyo, fuese un Papa, ó un príncipe ó una república.

La frialdad que se advierte en la clarísima exposición de los principios de gobierno, buenos ó malos, morales ó inmorales; la indiferencia con que explica los distintos medios de conservar el poder, de mantener las conquistas, de engrandecer los Estados sin detenerse en expresar su justicia ó injusticia, siempre bajo el punto de vista del interés social y nunca ó raras veces del particular ó privado, cesan y desaparecen cuando recuerda el Estado de Italia desde la invasión de Carlos VIII de Francia. La imagen de su mísera patria

atropellada, robada y pisoteada por franceses, alemanes y españoles, le llena el alma de justísima indignación, y todo le parece bueno y aceptable con tal de librar á Italia de tanta calamidad y tanta desdicha.

No sin razón alegan los defensores de Maquiavelo que sus doctrinas políticas son exacta expresión de las practicadas en su tiempo por los grandes y pequeños Estados y aun más por éstos que por aquéllos, á causa de la imperiosa necesidad de suplir con la astucia la falta de fuerza. Dividida la península italiana en pequeños Estados, celosos unos de otros, los intereses creados á la sombra de su respectiva independencia eran valladar insuperable para practicar una política verdaderamente italiana. Desde el momento en que Luis Sforza llamó en su auxilio á los franceses y empezó la invasión extranjera, no habiendo en Italia ningún Estado bastante poderoso para luchar con ventaja contra los ejércitos de las grandes potencias, ni queriendo en manera alguna unirse para formar un gran Estado italiano, el mal de la dominación extranjera era inevitable.

Sin duda alguna hubo propósitos de grandes concentraciones, tentativas de alianzas, deseos de unidad nacional; seguramente los tuvo César Borja y Julio II y León X y el último Sforza y otros muchos hombres eminentes de entonces; pero la empresa, por sí difícil, lo era mucho más por los intereses de las potencias extranjeras que habían puesto el pie en Italia y no dejaban la presa sino á la fuerza.

«Maquiavelo, dice elocuentemente Lord Macaulay, deploraba las desgracias de su patria y discernía claramente la causa y el remedio. Y como el sistema militar del pueblo italiano había extinguido su valor y su disciplina y convertido sus tesoros en cebo asequible á todos los expoliadores extranjeros, Maquiavelo formó el proyecto, que así hace honor á su corazón como á su inteligencia, de abolir las tropas mercenarias, organizando una manera de milicia ciudadana. Los esfuerzos que hizo para lograr este objeto verdaderamente grande bastarían por sí solos para poner su nombre al abrigo de la maledicencia. Porque, pacífico por hábito, por temperamento y por la índole de sus ocupaciones, estudió con la mayor asiduidad la teoría de la guerra y se penetró de sus menores detalles, haciendo adoptar sus miras al Gobierno de Florencia, el cual nombró un Consejo de guerra y dispuso lo necesario á la realización de su proyecto. El infatigable ministro recorrió todo el país para vigilar y presidir por sí mismo la ejecución de sus planes. El momento era el mejor bajo muchos aspectos al ensayo: el sistema de la táctica militar había sufrido una gran revolución: la caballería no se consideraba ya como la fuerza principal de los ejércitos, y comenzaba á creerse, con razón, que el tiempo que un ciudadano podía distraer de sus habituales ocupaciones, con ser bastante para formar un buen soldado de infantería, no lo era para familiarizarlo en el ejercicio y prácticas de un jinete. El temor del yugo extranjero, del pillaje, de la matanza y del incendio hubiera podido

vencer la aversión que contra la carrera de las armas engendra en general la industria y la holganza de las grandes ciudades, porque la medida dió buen resultado, conduciéndose las nuevas tropas en el campo de batalla de una manera tan digna, que Maquiavelo contemplaba con orgullo el éxito de sus planes y comenzaba á esperar que las armas italianas podrían hacer huir á los bárbaros del Ebro y del Rhin; pero subió la marea mucho antes de que las compuertas se cerraran. A decir verdad, por espacio de algún tiempo, Florencia vivió tranquila y feliz; pero el hambre, la peste y la guerra, el más cruel de los azotes, asolaron las fértiles llanuras y las poderosas ciudades que riega el Po; todas las maldiciones fulminadas contra Tyro parecían haber caído sobre Venecia, cuya desolación lloraban sus hijos, creyendo llegado el día en que las algas flotarian á lo largo del Rialto silencioso, y los pescadores tenderían á secar sus redes en el desierto arsenal; Nápoles había sido conquistada y vuelta á ganar cuatro veces por caudillos avaros de sus despojos, y Florencia misma tenía que sufrir aún la degradación y el robo, que someterse á poderes extraños, que rescatar á un precio enorme lo que le pertenecía legítimamente, que mostrarse reconocida á quien la despojaba de lo suyo, y que disculpase hasta del daño que le hacían, viéndose privada de la gratitud que merecía su infame y vil reposo, y perdiendo al fin sus instituciones civiles y militares. Los Médicis volvieron de su larga expatriación á la grupa de invasores extranjeros; la política de Maquiavelo se

abandonó, y la pobreza y la cárcel y la tortura se encargaron de premiar pródigamente los servicios que había prestado á su patria (1).»

Este cuadro de desolación y ruina no podía apartarse de la mente de Maquiavelo, durante su forzada estancia en San Andrés de Percussina, y allí, estudiando como Tito Livio describe, el principio, desarrollo y grandeza de la república romana, sueña la realización de idéntica empresa en la forma y con los medios y recursos que podían emplearse á principios del siglo xvi. No había de pasar de sueño su aspiración, pero ha servido para dejar á la posteridad en sus *Discursos* un libro de política práctica, no siempre imparcial, pero digno siempre de estudio y meditación.

«No es posible imaginar inteligencia más sana y vigorosamente constituída que la de Maquiavelo, añade Macaulay. Las cualidades del hombre de Estado práctico y del hombre de Estado contemplativo se hallan evidentemente reunidas en él con singular y perfecta armonía; que su habilidad en el detalle de los negocios no se había desarrollado á costa de sus facultades generales. No decimos con esto que su imaginación fuera menos vasta; queremos decir que sus meditaciones eran más correctas y que poseían en alto grado el carácter vivo y práctico que las diferencia tanto de las vagas teorías de la mayor parte de los filósofos políticos.»

(1) MACAULAY. *Estudios literarios*, traducción del Sr. Juderías Bänder. (BIBLIOTECA CLÁSICA.)

NICOLÁS MAQUIAVELO
A
ZANOBI BUONDELMONTI
Y
COSME RUCELLAI

Salud.

Os envió un regalo que, si no corresponde á mis obligaciones con vosotros, es el mejor que puede hacer os Nicolás Maquiavelo, pues en él he expresado cuanto sé y aprendí en larga práctica y continua enseñanza de las cosas del mundo. No pudiendo desear más de mí, ni vosotros ni ningún otro, tampoco os quejaréis de que no os dé más.

Podrá muy bien suceder que os desagrede la pobreza de mi ingenio cuando estas narraciones mías sean pobres y lo falaz del juicio cuando al discurrir en muchos puntos me engañe. A decir verdad, no sé quién está más obligado, yo á vosotros, que me habéis forzado á escribir lo que por mi propia iniciativa jamás hubiera escrito, ó vosotros á mí, en caso de que lo hecho no os satisfaga. Aceptad, pues, esto como se aceptan todas las cosas de los amigos, teniendo más en cuenta la intención del que regala que la cosa regalada, y creed me satisface pensar que, si me equivoqué en muchas circunstancias, no he incurrido en error al preferiros á todos los demás para la dedicatoria de estos discursos

míos, tanto porque haciéndolo así paréceme mostrar alguna gratitud por los beneficios recibidos, como por apartarme de la costumbre en los escritores de dedicar sus obras á príncipes, cegándoles la ambición ó la avaricia hasta el punto de elogiar en ellos todo género de virtudes, en vez de censurarles todos los vicios.

Para no incurrir en tal error he elegido, no á los que son príncipes, sino á quienes por sus infinitas buenas cualidades merecen serlo; no á los que pueden prodigarme empleos, honores y riquezas, sino á los que quisieran hacerlo si pudiesen; porque los hombres, juzgando sensatamente, deben estimar á los que son, no á los que pueden ser generosos; á los que saben gobernar un reino, no á los que, sin saber, pueden gobernarlo.

Los historiadores elogian más á Hieron de Siracusa cuando era simple ciudadano, que á Perseo de Macedonia cuando era rey, porque para ser príncipe sólo faltaba á Hieron el principado, y Perseo no tenía de rey más que el reino.

Gozad, pues, del bien ó del mal que vosotros mismos habéis querido, y si persistís en el error de que mis opiniones os son gratas, continuaré, como os prometí al principio, el examen de esta historia.

Dios os guarde.

DISCURSOS

SOBRE LA PRIMERA DÉCADA

DE

TITO LIVIO

PRÓLOGO

Aunque por la natural envidia de los hombres haya sido siempre tan peligroso descubrir nuevos y originales procedimientos como mares y tierras desconocidos, por ser más fácil y pronta la censura que el aplauso para los actos ajenos, sin embargo, dominándome el deseo que siempre tuve de ejecutar sin consideración alguna lo que juzgo de común beneficio, he determinado entrar por vía que, no seguida por nadie hasta ahora, me será difícil y trabajosa; pero creo me proporcione la estimación de los que benignamente aprecien mi tarea.

Si la pobreza de mi ingenio, mi escasa experiencia de las cosas presentes y las incompletas noticias de las antiguas hacen esta tentativa defectuosa y no de grande utilidad, al menos enseñaré el camino á alguno que con más talento, instrucción y juicio realice lo que ahora intento, por lo cual, si no consigo elogio, tampoco mereceré censura.

Cuando considero la honra que á la antigüedad se tributa, y cómo muchas veces, prescindiendo de otros ejemplos, se compra por gran precio un fragmento de estatua antigua para adorno y lujo de la casa propia y para que sirva de modelo á los artistas, quienes con grande afán procuran imitarlo; y cuando, por otra parte, veo los famosos hechos que nos ofrece la historia realizados en los reinos y las repúblicas antiguas por reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores, y cuantos al servicio de su patria dedicaban sus esfuerzos, ser más admirados que imitados ó de tal suerte preteridos por todos que apenas queda rastro de la antigua virtud, no puedo menos de maravillarme y dolerme, sobre todo observando que en las cuestiones y pleitos entre ciudadanos, ó en las enfermedades que las personas sufren, siempre acuden á los preceptos legales ó á los remedios que los antiguos practicaban. Porque las leyes civiles no son sino sentencias de los antiguos jurisconsultos que, convertidas en preceptos, enseñan cómo han de juzgar los jurisconsultos modernos, ni la medicina otra cosa que la experiencia de los médicos de la antigüedad, en la cual fundan los de ahora su saber.

Mas para ordenar las repúblicas, mantener los Estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, administrar la guerra, practicar la justicia, engrandecer el imperio, no se encuentran ni soberanos, ni repúblicas, ni capitanes, ni ciudadanos que acudan á ejemplos de la antigüedad; lo que en mi opinión procede, no tanto de la debilidad producida por los vicios de nuestra actual educación, ni de los males que el ocio orgulloso ha ocasionado á muchas naciones y ciudades cristianas, como de no tener perfecto conocimiento de la historia ó de no comprender, al leerla, su verdadero sentido ni el espíritu de sus enseñanzas.

De aquí nace que á la mayoría de los lectores les agra-

da enterarse de la variedad de sucesos que narra, sin parar mientes en imitar las grandes acciones, por juzgar la imitación, no sólo difícil, sino imposible; como si el cielo, el sol, los elementos, los hombres, no tuvieran hoy el mismo orden, movimiento y poder que en la antigüedad.

Por deseo de apartar á los hombres de este error, he juzgado necesario escribir sobre todos aquellos libros de la historia de Tito Livio que la injuria de los tiempos no ha impedido lleguen á nosotros, lo que acerca de las cosas antiguas y modernas creo necesario para su mejor inteligencia, á fin de que los que lean estos discursos míos puedan sacar la utilidad que en la lectura de la historia debe buscarse.

Aunque la empresa sea difícil, sin embargo, ayudado por los que me inducen á acometerla, espero llevarla á punto de que á cualquier otro quede breve camino para realizarla por completo.